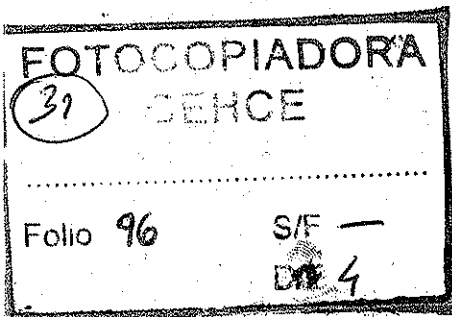


Jacques-Alain Miller

José Manuel Álvarez López • Enric Berenguer • Anna M. Castell
Carmen Cuñat • José Rodríguez Eiras • Shula Eldar
Xavier Esqué • Manuel Fernández Blanco • Mercedes de Francisco
Sagrario García • Jean-Louis Gault • Mónica Marín
Gradiva Reiter • Marta Serra Frediani • Oscar Ventura

La pareja y el amor Conversaciones Clínicas con Jacques-Alain Miller en Barcelona

Instituto del Campo Freudiano
Sección Clínica de Barcelona




PAIDÓS
Buenos Aires
Barcelona
México

Una mujer pródiga

Oscar Ventura

Una mujer madura, de alrededor de cincuenta años, llega a mi consulta después de un recorrido que interesa reseñar por la relevancia que retroactivamente tomará en el devenir de la cura. Este recorrido —¿podríamos decirlo así?— forma parte de la cura misma. Da cuenta de las vicisitudes que desencadena un sujeto cuando el psicoanálisis mismo es tomado como objeto de la existencia, cuando el Uno es indivisible en el campo de la subjetividad, o dicho de otro modo, tal vez más conveniente para este caso, cuando el amor encarna a la locura.

Española de nacimiento, esta mujer, culta y refinada, es licenciada en una carrera humanística, se expresa con fluidez en cuatro lenguas y ha vivido en distintos lugares del mundo por extensos períodos de tiempo. Es el desencadenamiento franco de su psicosis la causa privilegiada de un divorcio que hace todavía más profundo el abismo de lo real. Divorciada de un marido que dispone de una considerable fortuna, esta particularidad, que le permite un pasar sin contratiempos económicos, vale la pena puntuarla por la importancia que el uso de los bienes materiales tomará en un segundo tiempo de la cura.

Su última residencia antes de llegar hasta mí es en un país extranjero, en el que realiza sus estudios universitarios, se divorcia, muere su madre, a la cual se había llevado a vivir con ella ya gravemente enferma, y es en este país también en donde tiene lugar la irrupción de la enfermedad.

Si bien la distancia temporal que separa aquel momento de nuestro primer encuentro es de aproximadamente unos doce años, podemos captar algo de la conmoción del desencadenamiento a partir de su propia reconstrucción, de los retazos que se han podido unir en el transcurso de los cinco años que dura el

tratamiento conmigo. Así sabemos que un rasgo de su subjetividad prepsicótica, y que ella misma nos revela, consiste en la sensación de haber vivido en una situación constante de irrealidad, en que siempre ha captado de una manera muy nítida la distancia que había entre ella y el mundo, entre ella y los actos que fueron escandiendo su existencia, como si fuera otra, siempre fuera de la escena. Este rasgo, no demasiado lejano a la subjetividad de muchos, vira brutalmente en la certeza que encontrará después y que diluye el equilibrio imaginario que la sostuvo durante treinta y siete años.

Desencadenamiento y primer análisis

Una vida social y cultural muy rica, más las figuras del Otro encarnadas a lo largo de su historia en una educación religiosa, el matrimonio y los estudios universitarios, seguramente han retardado el estallido hasta el momento en que un suceso, ocurrido en el transcurso de un evento social, hace que lo real irrumpa sin mediación.

Escuchamos la crónica de un matrimonio agitado, errante, debido a la profesión del marido. El rasgo que predomina en la elección de objeto es la promesa de viajar, de no tener la certeza de habitar de manera permanente en algún sitio, por lo menos en un futuro mediato al momento en que se casan. El marido encarna una aventura sin lugar. Probablemente la incertidumbre misma del errar mantiene en suspenso el advenimiento de la significación que falta. Pues las cosas se complican cuando esta pareja se asienta por fin, después de unos años en un país, y la idea de la descendencia se instala entre ellos; es una demanda del marido que la desestabiliza, conjeturamos que como consecuencia de ello una enfermedad orgánica que requiere una operación materializa la esterilidad.

Este momento inaugura un progresivo distanciamiento en la pareja al tiempo que ella comienza una carrera universitaria. Transcurren así algunos años donde empieza a hacerse presente en la subjetividad un rasgo notable, que consiste en la prodigali-

dad: homenajea a sus amistades invitándolas a suntuosos viajes, hace regalos excesivos, financia empresas ruinosas e ideales. El lazo social comienza a tomar esta orientación y por supuesto se complejiza ya que ella se siente cada vez más abatida, la ilusión del «nada falta» que intenta sostener a partir del uso de un elemento simbólico como es el dinero, se le va, literalmente, de las manos, era el aviso de la ausencia de significación fálica.

La tensión en la pareja se acrecienta, ella sospecha seriamente que él tiene amantes, él comienza a restringir el dinero y ella comienza a estar agitada. Para relajarse, ella comienza a tomar clases de yoga. Varias amistades coinciden alrededor de un profesor prestigioso, enigmático, el profesor tiene también una teoría sobre la sexualidad y cita a Freud, un semblante que la imanta.

Es durante una de estas clases, *un poco más intensa*, según ella, cuando empieza a percibir signos de seducción que provienen de su profesor de yoga. Los fenómenos aparecen en forma de voces; en pleno silencio de la meditación de estos yoguis modernos estalla el griterío de las voces, la escena tiene su espectacularidad. El goce del cuerpo es movilizadopor fuera de la significación fálica y se abre el abismo. Las voces tienen el poder de convertirla en un trozo de madera, o la obligan a hacerse objeto del profesor de yoga, transformado ahora en físico nuclear que amenaza con convertirla en conejillo de la India de unos terribles experimentos, y así una sucesión de fenómenos persecutorios dispersos que parecen acompañar el momento de perplejidad más agudo del desencadenamiento.

Un recorrido extenso por el circuito psiquiátrico, que dura aproximadamente unos ocho años y en el cual la tentativa de restitución delirante es literalmente dormida, inaugura un tiempo opaco, tiempo en que el goce desencadenado es regulado exclusivamente por la presencia del fármaco. Si bien no está privada del todo del uso de la palabra, la comprensión a la que se ve sometida en sus tratamientos no alcanza a darle a sus palabras la dignidad que permita otra cosa ante la presencia, siempre inminente, de la invasión del goce del Otro.

No obstante, la calidad de ciertas amistades que suelen frecuentarla, más sus intereses intelectuales, que si bien habían su-

frido un profundo déficit en este tiempo no habían mermado radicalmente su curiosidad, producen una constelación que permite una cierta conservación del lazo social. Bajo estas circunstancias se produce el acto de mayor relevancia para su subjetividad: emprende un análisis, que durará cuatro años. Para ser más explícito: demanda un análisis. Y es su transferencia previa —ahora recuperada— a los textos psicoanalíticos, lo que lo permite.

Esta experiencia, sin duda terapéutica y que nuestra paciente reconoce como un hecho fundamental para su vida, mientras dura, consigue una relativa estabilización. Esa transferencia permite una reinterpretación de su historia, aloja allí el delirio, y el vacío de significación producido por la forclusión encuentra algunas puntuaciones que le permiten recuperar y ordenar el campo de las identificaciones primarias bajo el prisma de una interpretación delirante.

Sin embargo, este análisis tiene una conclusión. Me parece importante hacer un breve comentario sobre lo que de este punto sabemos.

La coyuntura de la salida del dispositivo es la siguiente: por un lado una decisión tomada por la paciente, fruto de una elaboración en transferencia. La decisión consiste en regresar a España, a su ciudad natal, instalarse allí y llevar una vida tranquila, alejada de la vorágine de la gran ciudad en la que vive y que se le ha tornado insoportable. Es el efecto de una parte del trabajo analítico que permitió una reconstrucción minuciosa de su genealogía y de su historia mediante la puesta en orden de las fotografías de su vida. Durante extensos períodos de tiempo aquel análisis se sostuvo gracias a la invención de una metáfora construida a partir de la creación de álbumes de fotos, ella puso en movimiento el congelamiento y fundó un Otro de la imagen con el cual recomponer la fragmentación.

Las cuestiones más relevantes de este tiempo consisten en haber logrado un acuerdo con el marido respecto a su divorcio, una elaboración más auténtica de tres duelos fundamentales de su vida: su padre, su hermana y su madre, en ese orden. Y también, como resto de este trabajo, se despierta la idea de una recuperación real de la imagen que se traduce en *volver a aquellos si-*

tios para habitarlos. Toma fuerza así el proyecto de retornar a sus orígenes amparado en un ideal fotográfico.

Esta idea va acompañada de otra, *de la que depende su vitalidad* —según sus palabras—, y que concierne en continuar su análisis. Es esta idea la que parece fijar un cierto sostén imaginario que le tempera la irrupción de goce que el análisis no podía enmarcar en aquel momento. Finalizada ya la reconstrucción fotográfica se pretende pasar a la acción, su relato da a entender un cierto agotamiento de la transferencia, acompañado de la emergencia de una proliferación delirante que no encuentra más una sistematización dentro del dispositivo.

Hay por un lado el hecho de lo que podríamos pensar como una salida posible, fruto de cierto anudamiento subjetivo: volver y vivir en paz, pero por otro lado la función de la palabra desprovista del Otro de la imagen vuelve a escapársele y la libra enteramente a un campo de lenguaje sin hitos, sin límites, donde puede perderse. Es la posibilidad de volver al dispositivo, creo, lo que le permite no desanudarse brutalmente en los prolegómenos, más bien traumáticos, de su partida de aquel país.

Bajo la égida de esta decisión emprende entonces todos los actos que conciernen a una gran mudanza. Vende todos sus bienes, arregla, no sin la ayuda de su analista y de una única amiga que no ha entrado en el circuito persecutorio, todos sus asuntos financieros, embarca sus objetos más preciados y se hace con el nombre de un analista.

Se va con una certeza: el psicoanálisis es lo único que la podrá salvar de la locura, y es al trabajo analítico a lo único que le dará importancia en su vida.

El segundo análisis

Con esta convicción llega a su ciudad, se instala en primera instancia en una casa de familia que alquila habitaciones. No lleva consigo más que una maleta *con unas pocas cosas fundamentales*, sus otras pertenencias vienen en un barco que todavía no ha llegado. Así, con la maleta a cuestas, ya que ha decidido llevarla

con ella a todas partes porque no se fía de la dueña de la casa donde vive, acude a mi consulta, así la encuentro, por segunda vez en su vida: demandando un análisis.

Seguidamente irrumpe su delirio, bizarro, confuso, lleno de nombres propios en los que personifica a los perseguidores, esta mujer se dice *sola en el mundo*, nada quiere saber de una parte de la familia que vive en la ciudad, ni siquiera les ha avisado de su presencia. Ella es desde hace tiempo objeto de una conjura mundial que tiene el propósito de despojarla tanto de sus bienes materiales como espirituales, de robarle su ser, en definitiva todo está mezclado en este cuadro de agitación.

Reacia a cualquier tipo de intervención que no provenga del dispositivo analítico, se niega, sin que yo siquiera se lo haya ofrecido, a tomar medicación o a ser ayudada de cualquier otra forma que no sean sus sesiones de análisis. Subordino la aceptación de la demanda a que si sobreviniera un momento agudo se pueda recurrir temporalmente a algún tipo de ayuda extra-analítica. Duda, pero acepta, es el esbozo de un primer descompletamiento que permite que el lazo social no quede absolutamente desvalido. Es un sí al análisis, pero no-todo.

Se abre entonces un período bastante extenso, que se caracteriza por un errar por la ciudad, de hotel en hotel, de pensión en pensión, las llamadas telefónicas se vuelven insistentes. Todo en ella hace signo, todo empuja a una interpretación que la conecta directamente con los perseguidores.

Aunque la cuestión más significativa de estos primeros tiempos es un acto que anuda definitivamente la transferencia. En su deambular por la ciudad, nuestra paciente, cercada por los perseguidores, comienza a desarrollar su rasgo pródigo; la forma que encuentra para calmar la voracidad del Otro consiste en ir regalando dinero por la calle, en dejar propinas desproporcionadas en los restaurantes, en no aceptar los vueltos por las compras que hace. Ella pretende de este modo deshacerse de lo que le sobra, inventar un sitio donde alojar el plus de goce de una manera salvaje, a la orden de la pulsión de muerte, y consumir así su fantasma de ser despojada de todo, de convertirse ella misma en un despojo.

Este rasgo, por supuesto, hace su aparición en la transferencia: me ofrece doblar los honorarios, quiere pagar por adelantado un año de tratamiento. Me niego, los honorarios están fijados, las sesiones se pagan una por una. Sólo accedo a incrementar la periodicidad, temporalmente, para que podamos verificar hasta qué punto es posible ayudarla a apaciguar su sufrimiento. Así se lo transmito, textualmente. También dejo abierta la posibilidad de que no sea yo la persona que pueda ayudarla, si es así trataremos de encontrar otra persona, ella decide...

Es el momento en que me hace saber de *las cosas fundamentales* que lleva consigo en su maleta, la cual trae a todas las sesiones. Siempre la deja al lado de la silla en la que se sienta y de cuando en cuando la toca con suaves movimientos de las manos, al modo de una caricia. Esta vez la abre, saca de ella una bolsa bastante grande, despliega el contenido sobre la alfombra: se trata de las joyas de su familia que ha recibido en herencia a lo largo de los años, y de las que su marido le ha regalado durante el matrimonio, también hay documentos importantes, escrituras de propiedades, chequeras de bancos extranjeros y dinero de distintos países. Con todos estos objetos como testigos de nuestro diálogo, esta mujer comienza a hablar por primera vez de una manera que me sorprende, y en esta sesión, que se extiende en el tiempo, parece haberse diluido su delirio mágicamente.

La presencia de las joyas y de estos documentos personales, como las fotos en su primer análisis, permite un relato en el que es posible ubicar los significantes que la han determinado, la constelación de su locura. En cada sesión ella despliega las joyas sobre la alfombra y sólo después me habla, luego las guarda y así hasta la siguiente.

El padre de esta mujer muere en circunstancias extrañas cuando ella tenía nueve años, un resbalón en la calle, un mal golpe y la muerte, «un accidente fatal, no supo poner las manos a tiempo, se cayó y las manos no respondieron para amortiguar su caída». Tal es la interpretación que hace, de la muerte de un padre que había ocupado hasta el momento un ideal que se queda vacío, los rasgos del padre quedan difuminados, a excepción de uno: el trabajo que realizaba con sus manos; él era, entre otras

cosas, escultor (este dato tomará su relevancia un poco más adelante). El día de su muerte el padre iba a hacerse grabar un anillo, se trata de un anillo de esos que llevan en la parte delantera un espacio plano en el que, por lo general, se inscriben las iniciales del nombre propio. Me muestra el anillo, efectivamente, es un anillo sin grabar, está innominado, lo separa de los demás objetos, lo deja siempre a un costado y continúa el relato.

Después de esta muerte, la madre, enferma de una depresión de la que ya no saldrá nunca, se vuelve hostil para ella y para su hermana, taciturna, demandante. Así las cosas, ambas hermanas ingresan en un internado de monjas. Todos los fines de semana durante estos años visitan a la madre que está casi siempre postrada, la escena es siempre la misma, ella acompaña el dolor y la hermana suele escaparse. Ya entrada la juventud y apoyada por una tía, la hermana decide marcharse a estudiar a un país extranjero. Esta ausencia es un impacto brutal en su subjetividad, la hermana encarnaba la jovialidad, mientras ella queda a merced de esta madre melancolizada. Al terminar sus estudios empieza a trabajar. Bajo esta constelación, otro accidente vuelve a golpear a esta familia. La hermana muere en una explosión de gas en aquella ciudad. A partir de aquí todo ocurre vertiginosamente. Se desplaza a aquel país donde asiste a los funerales de la hermana, todo sucede para ella *como en un sueño*. Amparada por esta tía, hermana del padre, se instala en aquella ciudad. Esta tía, un personaje que brilla en los ambientes intelectuales y políticos, se convierte en su soporte. La madre regresa, ella la visita esporádicamente. Es este el tiempo en que conoce al que será su marido.

El relato y las joyas se complementan, los significantes son hilados a partir de los objetos que ella manipula durante las sesiones. Aunque llega un momento de agotamiento de la palabra en este registro que podríamos llamar de coherencia histórica. Cesa casi bruscamente la reconstrucción y vuelve a aparecer el sujeto desencadenado; mis intentos por volver a instalar el orden a partir de los objetos hacen agua.

Se pasa a otro registro, ella se empecina en ofrecerme las joyas, quiere que sean para mí. Amenaza con regalarlas, con destruirlas si yo no las acepto. No las acepto, le digo que de ninguna

manera me pertenecen, puede hacer lo que quiera. No obstante, le propongo que puedo alojar sus objetos en un cajón que está vacío, se lo muestro, convenimos que es una medida temporal hasta que encontremos otro destino. Acepta. Ella misma coloca en un cajón del escritorio la bolsa con sus joyas y otros papeles, el dinero y algunos documentos retornan a su maleta, convenimos que son necesarios para su subsistencia cotidiana. El anillo del padre lo pone aparte, distanciado de la serie de sus otras pertenencias.

Este acto consigue instalarla, por lo menos en dos sentidos, en el dispositivo propiamente dicho y en la ciudad. El punto de anclaje es la consulta del analista.

El aumento progresivo del amor empieza a hacerse notar, hasta aquí lo podemos llamar de transferencia.

Una vez puestas las joyas a resguardo en el cajón vacío, la proliferación delirante comienza a tener un ordenamiento: el mundo se divide, se parte en dos para ella, siente una inmensa claridad ante este hecho, la certeza de que ocurrió es contundente. Ahora la realidad consta de dos bandos bien definidos e identificables: los perseguidores por un lado, llamados *las instancias* y los que ella nombra *los psi*, seres capaces de sostener la dignidad humana, éstos toman el estatuto de dioses por los cuales vale la pena existir. Estos dioses, de momento, no demandan oscuros sacrificios.

Comienza así a estudiar los textos analíticos, a traducir trabajos de autores *psi*, en lo que ella denomina *versiones propias*, el escrito toma la forma privilegiada de tramitación de lo real. Yo soy el destinatario de *las versiones propias*, que ocupan otro cajón de mi escritorio.

Recupera en el trabajo analítico una identificación fundamental para ella, se trata de la tía, hermana de su padre, y que es una precursora de *los psi*. Esta tía, ya muerta y que se constituye, si se puede decir de este modo, en un Ideal del yo, permite una distancia simbólica que hace posible la incorporación de rasgos que la conducen a recuperar actividades que había perdido desde hacía ya mucho tiempo y que le permiten cierta laxitud en el lazo social, los fenómenos persecutorios se distancian cada vez más en su subjetividad.

El analista encarna ahora al garante de *los psi*, es un dios protector y a veces sólo le basta una simple llamada para temperar el sufrimiento, otras veces necesita sesiones para contarme que alguna de *las instancias* ha hecho su aparición en la ciudad, es imprescindible escucharle las razones por las que se ha filtrado tal o cual perseguidor, verifica que yo no me alarmo por la aparición de alguien contrario al mundo de *los psi*, y poco a poco recupera la calma.

La cadena de *los psi* comienza con su antigua analista y se conecta con la sucesión de cosas que han ocurrido desde que emprendió el viaje de regreso a su tierra, los personajes se han ido colocando de un lado o del otro. La metáfora delirante cada vez va cobrando mayor potencia estabilizadora.

Ahora bien, vemos hasta el momento a nuestra paciente que ordena la cascada significativa y que esto produce, a su vez, un reordenamiento en el campo del lenguaje al tiempo que también se verifican efectos en la economía libidinal, lícitos de adjetivar como terapéuticos. Pero, ¿estamos con esto en el corazón del análisis de esta mujer? Pues no, éste es más o menos el punto en que su análisis anterior se detiene, el punto de fuga en el cual la transferencia se desestabiliza.

Pues si bien la metáfora construida bajo transferencia reorganiza el campo del significante, en el campo del goce este sujeto sigue desarmado, el campo del goce sigue desencadenado, dan cuenta de ello la irrupción de fenómenos como las voces y la exacerbación de la demanda de presencia del analista. La insistencia en la periodicidad de las sesiones aparece como un obstáculo, ella aspira a convertirse en la única paciente, pretende un analista *full time*.

Se comienza a perfilar así un tiempo dos en la transferencia. Si podemos decir que la demanda inicial de esta mujer era una demanda de significación, lo que la transferencia nos muestra ahora —una vez producido cierto efecto metafórico y restablecida la dialéctica del binario significativo bajo una interpretación delirante— es la aparición del sujeto del goce. ¿Y qué nos grita? Este sujeto ama al analista y los dioses empiezan a exigir los sacrificios del amor, el cuerpo empieza a temblar y ya no hay país al que huir a excepción que se invente Otro.

Momento en el cual la cura se orienta bajo otro aspecto: el sujeto propone su goce al analista, y es el momento de verificar hasta qué punto la maniobra en la transferencia es capaz de establecer reglas que puedan regular su irrupción.

La transferencia se vuelve claramente erotomaníaca y demuestra así el rodeo que esta mujer emprende para instalarse ella misma como objeto y ofrecerse como tal al goce del analista.

Comienzan a hacer presencia actos que están orientados por esta nueva posición en la transferencia. Su semblante empieza a metamorfosearse; se compra ropa elegante y provocativa, grotesca para su edad y su figura; me invita a cenar; me telefonea a horas insólitas para preguntarme cómo estoy, si no puede venir a la consulta o a mi casa; averigua donde vivo y me avisa que lo sabe, aunque detiene el acto de su presencia en mi domicilio particular ante el aviso de que su presencia allí tendría como consecuencia la interrupción de la cura; me hace llegar regalos de todo tipo y valor, que envía mediante mensajeros y que son inmediatamente devueltos a su remitente. Cuando vuelve a su hora de sesión me reprocha mi falta de sensibilidad. Insiste y me provoca con realizar actos mayores; quiere transferirme todos sus bienes bajo el pretexto de su incapacidad mental para que yo se los administre; le explico que no me dedico a administrar esa clase de bienes, le recuerdo con asiduidad que trabajo como psicoanalista. Se enfada, discute, amenaza. Busca todo tipo de artilugios para que responda de manera afirmativa a algo de lo que me propone. Lo único que le digo es que sigo en disposición de poder escucharla, que la espero en la próxima sesión. Se enfurece, se va pegando portazos, maldiciendo, pero siempre vuelve.

Son estos momentos cuando el *no* es la maniobra privilegiada de la transferencia, no se trata del no del rechazo ni del no de una negación pura y arbitraria, sino un no de la maniobra, un no que cumple, si me permiten llamarlo de esta manera, función de interpretación. Es la forma por la cual se le da a entender un no al goce, una limitación de esa forma exaltada del amor que es la transferencia erotomaníaca. Y esta maniobra comienza a producir otros efectos.

Es esta cuestión en realidad la que ha dirigido toda la cura, desde su primer momento, desde el momento que subordinó la demanda a que no-solo yo. No a las joyas, no a los regalos, no al amor, etc., todo puede reducirse al fin y al cabo a dos significantes de todo el enjambre: no y acepto.

Todo el despliegue del momento erotomaniaco tiene una finalidad única para ella, reintroducir al analista en el lugar del Otro del goce. En esta cura hay una sola maniobra posible ante esta coyuntura: oponerse a ella. Obviamente esta mujer no es monótona ni monolítica a nivel del equívoco, como dice Lacan en *L'Etourdit*, ella está siempre a mitad de camino entre el juicio que rechaza y el insulto que identifica.

La coartada de la negación, maniobra privilegiada en este caso, efectivamente levanta las sospechas de un amor no correspondido, se siente defraudada y el momento es inquietante. Comienza a mostrar su enfado, su agresividad hacia mí; me acusa de haber abusado de su generosidad, de haberla abandonado, y después de varios encuentros en que se dedica a amenazarme, el despecho la lleva a exigirme la devolución de sus objetos bajo la sospecha de haber usufructuado de ellos. «¡Usted es un ladrón!» llega a proferir en el éxtasis de su locura. Cual novia que quiere recuperar sus cartas de amor, después de cuatro años intensos me reclama sus objetos, me pide que le devuelva sus escritos, sus joyas, sus documentos. La persuado de que ella misma los recupere del cajón en donde se encuentran. Verifica minuciosamente que nada falta, examina todo detenidamente mientras murmura insultos. Se tranquiliza al ver que sus *cosas fundamentales* están intactas y también se desorienta.

Allí está también el anillo del padre, único objeto que no toca, está separado en un compartimiento del cajón, lo deja allí, de momento. Cuando vuelve a su sesión me cuenta de mala manera, dando a entender que me ha privado de algo, que ha alquilado una caja fuerte en su banco y que ha guardado allí sus cosas, me pregunta qué me parece. «Me parece bien», es mi respuesta. Me dice que está triste. «Es lógico» le digo.

Vuelve a hablarme de su padre, de su trabajo de escultor, de las manos que no soportaron la caída. Durante un tiempo, esta

mujer, mientras residía en el extranjero, se dedicó a tomar clases de escultura y llegó a crear objetos, a reproducir figuras, me cuenta que algunas de ellas adornan sus estantes. Demuestro un interés manifiesto por esta cuestión. Me pide fotografiarme en la consulta, sentado en el sillón. Acepto. Transcurre así un tiempo muerto, ella viene y habla de trivialidades, de cosas cotidianas, que hace largas caminatas a la orilla del mar, que se ha comprado un carrito de la compra para no cargar con bolsas, etc., pero sobre todo me observa, mira mis manos, a veces me pide que cruce las piernas de una manera determinada. Acepto. El delirio está amortiguado.

En otra sesión me consulta si yo creo conveniente que distancemos un poco las sesiones, una vez por semana le parece una buena frecuencia, ella está muy ocupada con *sus cosas*. Acepto. No tengo ninguna idea de cuáles son *las cosas* de las que se ocupa, tampoco le pregunto.

Pasado un tiempo y sin más preámbulo me dice que ha alquilado otra caja fuerte en el banco, ha estado en una lista de espera hasta que le entregaran una. Me pide el anillo de su padre, «¿Cree usted que estará a buen resguardo allí?». «Por supuesto». Otra vez ella misma va hasta el cajón, lo coge, le ha comprado una bonita caja donde lo guarda. Hasta la próxima.

Pasada una semana la tengo de nuevo frente a mí, está vestida elegantemente, no se trata esta vez del grotesco estilo de la exaltación erotomaniaca, está maquillada discretamente, se ha puesto algunas de sus joyas, discretas también. Lleva consigo una caja de volumen mediano, es una caja de madera noble, se sienta, deja la caja sobre el escritorio.

«¡Usted debe aceptar este regalo!», la modulación de su voz es imperativa. Le pregunto si antes me permitirá abrir la caja, acepta con un leve movimiento de cabeza. La abro y me encuentro a mí mismo sentado en mi sillón, petrificado en una escultura de arcilla, bonita, acabada con esmero. Me explica el proceso que siguió para realizarla, los materiales que ha usado, ha encontrado un taller de alfarería donde le han permitido usar el horno. Me gusta y se lo transmito, encontramos juntos un lugar donde ubicarla, debe ser un lugar visible, acordamos en colocarla en un

costado del escritorio a la vista del que entre. Allí estoy ahora, siempre en la misma posición, inmóvil, convertido en arcilla por sus manos, para siempre.

Me dice que me llamará, su tono aunque firme delata la emoción del momento, no cree necesario por ahora seguir viniendo a verme. De acuerdo.

Ella, digámoslo así, está clínicamente estabilizada, su estabilización se sostiene en la existencia del dispositivo, en la existencia del psicoanálisis como tal, no estrictamente en la presencia del analista, ya que a partir de este momento se las arregla para soportar mi ausencia y dirigir su vida. Ignoro lo que hace, nada me dice ya de sus avatares.

Desde aquella sesión las visitas se restringen a momentos muy puntuales y significativos: año nuevo, las vueltas de las vacaciones. Ni siquiera me llama, viene y se sienta en la sala de espera a que pueda escucharla, las sesiones consisten en unas pocas palabras: antes el protocolo del saludo y, después de algunas observaciones triviales, el ritual es siempre el mismo: ella pregunta «¿Cómo están las cosas?». «Las cosas están bien» es mi respuesta. A veces ella, gracias a la intuición de su locura, puede percibir en mí el semblante del cansancio y la pregunta es más directa: «¿Está bien usted hoy?». «Por supuesto». Ello basta.

Su última visita ocurrió el 12 de septiembre, un día después del atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York, vino temprano y esperó un buen rato, se quedó de pie, por lo general suele sentarse y leer. Entró a la consulta y más bien preocupada me preguntó en voz baja: «¿Las cosas están bien?». El automatismo de la respuesta se hizo esperar, la suspensión de un breve silencio instaló una sonrisa, sutil, en ambos. «¿Las cosas? ¡Ah!, Las cosas, están bien, por supuesto.»